

Migrañas, biquinis, azafatas y modas

Fernando A. Navarro*

He saludado con alegría la publicación del glosario del dolor de Saladrigas y Baños,¹ que habrá de serme muy útil como traductor. Coincidiendo con la primera entrega del glosario, dedicada a las jaquecas, Saladrigas y Pestana² publicaban en el último número de *Panace@* un entremés, «Migrañas que dan jaqueca», en relación con un debate sostenido recientemente en el seno de MedTrad. En este entremés, los autores exponen de forma clara y concisa los argumentos favorables a una de las dos posturas enfrentadas en el debate: a saber, la de quienes sostienen que el inglés *migraine* puede muy bien traducirse al español por *migraña*, sin que ello pueda tildarse de anglicismo.

Me gustaría llamar la atención del lector sobre el último párrafo del susodicho entremés, donde se afirma, a modo de conclusión: «Sea cual fuere el origen de la voz *migraña*, lo cierto es que su uso es de larga data. [...] Por consiguiente, parece inverosímil que la palabra *migraña* se haya “puesto de moda en los últimos 20 años sin más razón que el mimetismo con el *migraine* anglofrancés” o sea un vocablo “reciente”, como sostiene el profesor García-Albea[3]».²

Dado que comparto la opinión de García-Albea, escribo a *Panace@* para rebatir la conclusión de Saladrigas y Pestana. Y lo haré contestando —e invitando al lector a que se conteste también conmigo— a cuatro preguntas que considero fundamentales para entender la cuestión.



Figura 1. Mosaico romano de la Villa del Casale en Piazza Armerina (Sicilia, primera mitad del siglo IV).

1. ¿Sólo lo moderno puede estar de moda?

Saladrigas y Pestana juzgan «inverosímil que la palabra *migraña* se haya puesto de moda» por cuanto su uso en español está documentado ya en el siglo XIII⁴ y se encuentra con relativa frecuencia en los textos médicos bajomedievales.⁵ Este modo de razonar, no obstante, implica admitir que sólo lo moderno pueda estar de moda.

Para demostrar que ello no es así, y puesto que de modas hablamos, nada mejor que acudir precisamente a un ejemplo

tomado del mundo de la moda. Según puede comprobar cualquier turista en Piazza Armerina (fig. 1), las romanas jóvenes del siglo IV lucían ya coquetuelos biquinis. Ahora bien: el mero hecho de que el uso de esta prenda femenina esté documentado hace mil setecientos años, ¿basta para negar que el biquini, como atrevida prenda de baño, se pusiera de moda desde París en la segunda mitad del siglo XX?

Y esta argumentación puede extrapolarse sin dificultad del ámbito de la moda femenina al de las palabras. Porque es cierto que, a partir del árabe *as-safat* (canastillo de mimbre), en el español del siglo XVI se llamaba *azafata* a la camarista o criada de la reina que llevaba en un canastillo o azafate los vestidos y alhajas de su regia señora. Pero no menos cierto es que la palabra *azafata*, ya arcaica en la época de mis tataratatarabuelos, se puso de moda —en aviones, trenes, autocares y congresos— a raíz del auge que experimentó la aviación civil al término de la Segunda Guerra Mundial. Y es que en los aviones de hace medio siglo, más pequeños que los modernos, las *air hostesses* no arrastraban un carrito como ahora, sino que portaban una bandeja o azafate con los aperitivos y refrescos que ofrecían a los viajeros.

Vemos, pues, que una palabra puede ser de uso antiquísimo en un idioma y, no obstante, estar de moda en una época determinada y reciente. Ello puede deberse a la necesidad de dar nombre a nuevas realidades, como en el caso comentado de *azafata* o, en el terreno de la medicina, el caso de la palabra *virus* (en uso desde la época de Celso, pero de moda a partir de 1930, con el nacimiento de la moderna virología). O puede deberse, también, a la influencia de otros idiomas: ¿quién negará que palabras latinas como *campus*, *versus*, *pertussis* o *cérvix* —todas ellas con siglos, e incluso milenios, de antigüedad— están de moda en español desde hace un cuarto de siglo por influencia del inglés?

En el caso de *migraña*, pues, interesa determinar: en primer lugar, si está de moda en nuestros días; y en segundo lugar, de ser ello cierto, a qué puede obedecer dicha moda.

2. ¿Está de moda la palabra *migraña*?

Para muchos médicos y traductores —entre quienes, evidentemente, nos contamos tanto García-Albea como quien esto suscribe—, la cosa está clara: la palabra *migraña* está de moda en español y amenaza con desplazar en el uso al término tradicional *jaqueca*. Pero como, a la vista del debate sostenido en MedTrad y del entremés publicado en el último número de *Panace@*, no parece que un convencimiento personal ni una impresión subjetiva basten para convencer a quienes opinan de modo distinto, he creído conveniente analizar la cuestión de forma cuantitativa.

El corpus diacrónico elaborado por Davies⁶ en la Universidad del Estado de Illinois a partir de textos españoles de todos

* Traductor médico. Cabrerizos (Salamanca, España). Dirección para correspondencia: fernando.a.navarro@telefonica.net.

los tiempos contiene más de 100 millones de palabras. Una búsqueda efectuada el 30 de abril me permitió recuperar 55 apariciones del vocablo *migraña* (o sus variantes arcaicas *migránea*, *emigránea* y *migrania*), con la siguiente distribución: 1 en el siglo XIII, 12 en el siglo XV, 1 en el siglo XIX y 41 en el siglo XX. Y 132 apariciones del vocablo *jaqueca* (o sus variantes arcaicas *xaqueca*, *axaqueca*, *enxaqueca* y *ajaqueca*), con la siguiente distribución: 1 en el siglo XIII, 20 en el siglo XV, 9 en el siglo XVI, 14 en el siglo XVII, 7 en el siglo XVIII, 54 en el siglo XIX y 27 en el siglo XX. La evolución temporal de ambos vocablos pueden verse de forma más gráfica en la figura 2.

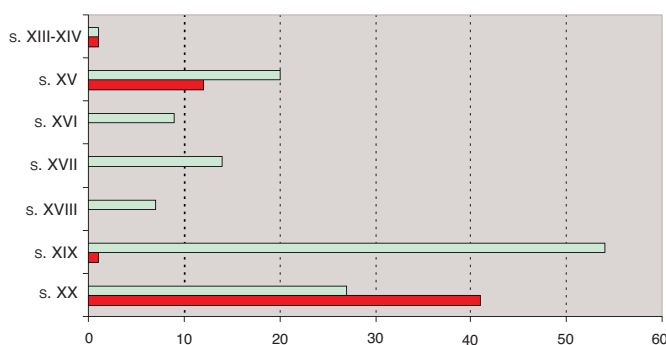


Figura 2. Número de apariciones de los términos *migraña* (en rojo) y *jaqueca* (en verde claro) en el banco de datos de Davies.⁶

Dado que este corpus textual, como tantos otros, contiene muchos más textos modernos que antiguos, los resultados obtenidos no permiten extraer ninguna conclusión sobre la evolución temporal de un término aislado, pero sí son muy útiles para comparar la frecuencia relativa de uso de dos términos a lo largo de la historia. Las cifras presentadas en el párrafo anterior permiten extraer dos conclusiones interesantes:

- a) El término *migraña* se encuentra con cierta frecuencia en los textos anteriores al siglo XVI, sí, pero apenas se usa en español entre los siglos XVI y XX.
- b) Sólo en el siglo XX el término *migraña* supera en frecuencia de uso a *jaqueca*.

Parece ser, pues, que *migraña*, con todo y ser vocablo antiguo, se ha puesto de moda recientemente en español. ¿Desde cuándo exactamente? No podemos responder a esta pregunta con el corpus de Davies, puesto que únicamente fecha los textos por siglos.

3. ¿Desde cuándo está de moda la palabra *migraña*?

La Real Academia Española (RAE) ha elaborado dos bancos de datos que aventajan al de Davies tanto en tamaño (aproximadamente 200 millones de palabras) como en el hecho —importante para nosotros— de que todos los documentos vayan fechados por año de publicación. Se trata del *Corpus diacrónico del español* (CORDE),⁷ que abarca desde los orígenes de la lengua hasta hace 25 años, y el *Corpus de referencia del español actual* (CREA),⁸ que abarca exclusivamente los 25 últimos años y permite analizar cómodamente, pues, las tendencias actuales.

Una búsqueda efectuada el mismo 30 de abril me permitió recuperar 178 apariciones del vocablo *migraña* (o sus variantes arcaicas *migránea*, *emigránea* y *migrania*), con la siguiente distribución: 2 en el siglo XIII, 2 en el siglo XIV, 7 en el siglo XV, 1 en el siglo XVI, 1 en el siglo XIX, 12 en el período 1901-1977 (10 de ellas posteriores a 1960) y 153 desde 1978. Y 496 apariciones del vocablo *jaqueca* (o sus variantes arcaicas *xaqueca*, *axaqueca* y *ajaqueca*), con la siguiente distribución: 1 en el siglo XIII, 20 en el siglo XV, 17 en el siglo XVI, 22 en el siglo XVII, 17 en el siglo XVIII, 90 en el siglo XIX, 194 en el período 1901-1977 y 135 desde 1978. La evolución temporal de ambos vocablos pueden verse de forma más gráfica en la figura 3.

Estas cifras vienen a confirmar lo ya observado en el corpus de Davies: a saber, que el término *migraña* se usó con cierta frecuencia hasta el siglo XV, pero que cayó en desuso desde entonces hasta bien entrado el siglo XX. Los bancos de datos de la RAE, además, ofrecen un dato muy revelador: que la moda de *migraña* data apenas de 1978. Obsérvese, curiosamente, cómo esta fecha de 1978 coincide de forma exacta con los «veinte años de moda» que aventuraba al buen tuntún García-Albea³ en su libro de 1998. Parece ser, pues, que en ocasiones las impresiones subjetivas no difieren mucho de los análisis cuantitativos.

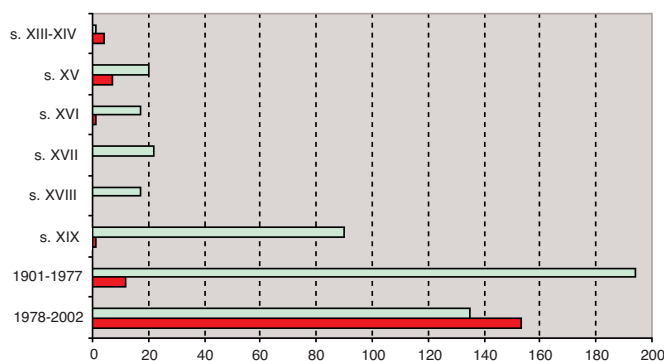


Figura 3. Número de apariciones de los términos *migraña* (en rojo) y *jaqueca* (en verde claro) en el banco de datos de la RAE.^{7, 8}

4. ¿Por qué está de moda la palabra *migraña*?

Esta última pregunta es la más endiablada de responder, porque no se trata ya de describir tendencias ni frecuencias de uso, sino de aventurar motivos. Y los motivos de la conducta humana son a menudo, ya se sabe, difícilmente objetivables o cuantificables.

Veamos brevemente algunas hipótesis.

- a) Ocurre con frecuencia en medicina que dos vocablos, hasta entonces sinónimos, comienzan a utilizarse de forma específica para marcar sutiles diferencias conceptuales. Tal fue el caso de los términos *bacteria* y *bacilo*, inicialmente sinónimos, pero que posteriormente fueron afinando su significado para pasar a designar, *bacteria*, a cualquier microorganismo unicelular procarioto; *bacilo*, tan sólo a los de forma alargada. O, en inglés, las diferencias de significado hoy claras entre los términos *hemicrania* y *migraine*, que comparten

etimología y fueron en un principio sinónimos. ¿Es posible que *migraña* se haya empezado a utilizar en español en el último cuarto del siglo XX para designar un concepto distinto del de *jaqueca*?

No parece ser tal el caso. Tanto los tratados de neurología como, de forma muy significativa, todos los diccionarios generales⁹⁻¹¹ y médicos¹²⁻¹⁶ que incorporan el término *migraña* —incluido el glosario del dolor de Saladrigas y Baños¹— coinciden en definir *migraña* como sinónimo estricto de *jaqueca*. Sólo algunos diccionarios médicos recientes traducidos del inglés^{17,18} no registran, por increíble que pueda parecer, el vocablo *jaqueca* entre el vocabulario médico español, e incluyen únicamente *migraña* sin mención a su sinonimia tradicional.

b) Otra posibilidad es que los médicos hubieran empezado a utilizar *migraña* en lugar de *jaqueca* para facilitar la comunicación con los enfermos. Es frecuente, por ejemplo, que, cuando desean ser comprendidos, los médicos hablen de visión *doble* en lugar de *diplopía*; de *lavativa* en lugar de *enema*; de *paperas* en lugar de *parotiditis* o de *calvicie* en lugar de *alopecia* (incluso de *brazo* en lugar de *extremidad superior* o de *cáncer* en lugar de *carcinoma*, aun a sabiendas de que no son términos estrictamente sinónimos).

No parece tampoco ser éste el caso de *migraña*. Tenemos, por un lado, los datos objetivos que demuestran que *migraña* fue hasta hace cinco lustros un vocablo prácticamente desconocido entre la población general: por ejemplo, los datos ya comentados de los corpus de Davies y la RAE, o el hecho de que el término *migraña* no aparezca registrado en ninguno de los diccionarios contenidos en el *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* (NTLLE)¹⁹ hasta 1914. Y tenemos, por otro lado, la experiencia personal de que el uso del término *migraña* no ha servido para mejorar la comunicación, sino que en la práctica la ha dificultado con demasiada frecuencia, incluso entre médicos. He conocido, por ejemplo, a varios médicos convencidos de que *migraña* y *jaqueca* designaban dos tipos bien distintos de cefalea.

El riesgo de confusión que en este sentido entraña el término *migraña* puede llegar a alcanzar tintes trágicos. He vivido personalmente el caso de una emigrante española en Suiza, viuda y con dos hijos pequeños, que acudió al médico por un fuerte dolor de cabeza desde hacía meses. Como muchos otros inmigrantes sin estudios, no hablaba ni una palabra de alemán después de diez años en Basilea, y sus consultas con el médico —polígloto— se desarrollaban en un español trufado de italianismos. Al regreso de la consulta, esta mujer, que apenas me conocía, se arrojó a mis brazos y, entre sollozos, me confesó (con palabras creo recordar que casi textuales): «El médico me ha dicho que lo que tengo es una migraña; no me lo ha querido explicar claramente, pero yo sé que es un cáncer en el cerebro, y no sé qué va a ser de mis hijos». Sorprendido por su reacción, y para tranquilizarla, le expliqué que la migraña no tiene nada que ver con el cáncer y no es una enfermedad nada grave. La migraña —le dije—, que también se llama *jaqueca*, es una enfermedad que rara vez tiene cura y suele durar de por vida, pero de eso no se muere nadie. Oírme pronunciar la palabra *jaqueca* y mu-

darle radicalmente el semblante fue todo uno. Y su reacción me sorprendió: «¿Cómo? ¿Es una jaqueca? ¡Claro que sé perfectamente lo que es! Si mi abuela tenía jaqueca, y también mi madre, dos de mis tías y una prima mía han heredado las jaquecas...». Hay palabras que pueden cambiar en tragedia la vida de una persona.*

c) Nos queda, por último, la posibilidad de que la moda de la *migraña* obedezca a la influencia de otros idiomas. La secuencia temporal ilustrada en las figuras 2 y 3 parece indicar a las claras que la *migraña* de finales del siglo XX no procede directamente de nuestras *emigráneas* medievales, pues hay entre ellas más de cuatro siglos de desuso, sino que nos ha llegado de otra lengua moderna. Ahora bien, ¿de cuál de todas? Porque la *jaqueca*, como tantos otros arabisismos, es un término peculiar de nuestra lengua que, fuera del portugués, no tiene parangón en otras lenguas europeas de cultura. *Jaqueca*, en efecto, se dice *migraine* en inglés, francés y holandés, *migranya* en catalán, *emicrania* en italiano, *Migräne* en alemán, *migræne* en danés, *migrän* en sueco, *migrene* en noruego, *migreeni* en finlandés, *migrena* en rumano, y *мигрень* en ruso.

Parece evidente que el francés *migraine* puede estar detrás de las migrañas que encontramos en algunos textos médicos traducidos a partir de mediados del siglo XIX, pero los datos de los corpus diacrónicos consultados indican bien a las claras que *migraña*, como galicismo, apenas cuajó en el lenguaje médico y mucho menos pasó al lenguaje común. En cuanto al catalán *migranya*, no cabe duda de que puede haber favorecido el uso de *migraña* entre los castellanohablantes de Cataluña —como sin duda habrá advertido Baños—, además de haber actuado como eslabón intermedio entre el francés *migraine* y el español *migraña*, pero no parece fácil que pueda explicar la extraordinaria difusión alcanzada en los últimos decenios por *migraña* en otras zonas de España y América.

Si el francés y el catalán han podido actuar como factores potenciadores, ninguno de ellos podría explicar por sí mismo la evolución temporal observada en los bancos de datos. El hecho de que la moda del término *migraña* se limite al último cuarto del siglo XX apunta claramente al inglés *migraine* como causa directa de nuestra *migraña*. Dicha evolución temporal, de hecho, coincide de forma llamativa con la eclosión de la primera generación de médicos españoles formados de manera casi exclusiva con la lectura de textos escritos en inglés.^{20,21}

Por consiguiente, la aseveración de García-Albea que ha dado pie a esta carta no es en absoluto inverosímil, como sostenían Saladrigas y Pestana, sino más bien todo lo contrario: en mi opinión, parece bastante verosímil que, como afirmaba García-Albea,³ la palabra *migraña* se haya puesto de

* Se me objetará que esto no es más que un caso personal, y absolutamente subjetivo; impropio, en cualquier caso, de una revista como *Panace@*. Puede que sí, pero es que yo, lo admito, soy de los que no consiguen dejar de lado los aspectos subjetivos de algo tan profundamente humano como el lenguaje. ¿Será porque no consigo, por más que lo procuro, desprenderme del médico que llevo dentro?

¿Quién lo usó por vez primera?

Cápside

Fernando A. Navarro

Según vimos en el entremés correspondiente a *virión*, en el último número de *Panace@* (2003, n.º 11, pág. 13), los científicos André Lwoff, Thomas F. Anderson y François Jacob publicaron en 1959 un artículo que, leído medio siglo después, resulta chocante por varios motivos. Dos de ellos los comentamos ya. El tercer motivo de sorpresa es la cantidad de neologismos introducidos en este artículo. Porque en él los autores no sólo usan por vez primera *virión*, sino también otros muchos términos que, como *cápside*, *capsómero*, *encapsidación* y *descapsidación*, hoy emplean corrientemente los virólogos de todo el mundo.

Dans tous les cas, le virion est essentiellement constitué par une coque, principalement protéinique, enfermant le matériel génétique. Cette coque est, suivant les auteurs, appelée composant protéinique, ou coque, ou enveloppe. Nous proposons de l'appeler capsid (du grec *καψα*, boîte). La capsid est construite de matériaux qui sont appelés suivant les auteurs unités ou sous-unités et même parfois «sous-molécules». Dans un but d'unification, les sous-unités seront appelées capsomères (de *καψα*, boîte, et de *μερος*, partie; parties de la boîte). Lorsque le matériel génétique du virus est enfermé dans la capsid, le résultat est un virion.

Lwoff A, Anderson TF, Jacob F. *Remarques sur les caractéristiques de la particule virale infectieuse*. Ann Inst Pasteur 1959; 97: 281-289.